

Los nudos del tiempo

La modernidad
desbordada

Ricardo Pozas
Horcasitas

1841

9



* 4 2 7 0 2 *

UNAM - INST. INV. SOCIALES



LOS NUDOS DEL TIEMPO

La modernidad desbordada

por

RICARDO POZAS HORCASITAS



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOCIALES
BIBLIOTECA



75
1930-2005
Años
IIIS

XXI
siglo
veintiuno
editores



siglo xxi editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.

TUCUMÁN 1621, 7º N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.

PRÍNCIPE DE VERGARA 78, 28006, MADRID, ESPAÑA

HM841

P69

2006

Pozas Horcasitas, Ricardo

Los nudos del tiempo : la modernidad desbordada / Ricardo Pozas Horcasitas. — México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2006.

128 p. — (Sociología y política)

ISBN 968-23-2593-5

1. Modernidad. 2. Globalización. I. t. II. Ser.



INVESTIGACIONES
SOCIALES

portada de maría luisa martínez passarge

primera edición, 2006

© siglo xxi editores, s.a de c.v.

en coedición con el

© instituto de investigaciones sociales

de la universidad nacional autónoma de méxico

isbn 968-23-2593-5

se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio sin permiso por escrito del editor.

impreso y hecho en méxico

PREFACIO

El objetivo de este libro es construir el hilo que engarza a la modernidad con la globalidad, concebida esta última como la condición del presente, en la que se expresa parte de las características funcionales de la modernidad y se potencian al extremo elementos constitutivos de la misma, hasta quedar convertidos en los nuevos rasgos que definen el mundo actual.

Modernidad y globalización constituyen procesos no decantados y aún en debate. La inmensa bibliografía sobre cada una de las dos temáticas, así como sobre la relación que guardan entre sí, da cuenta de su importancia en el pensamiento intelectual de nuestra época, y confirma las características reflexivas de nuestro tiempo en la búsqueda de referentes fijos en el imaginario intelectual y en la tendencia a elaborar concepciones omnicomprensivas del cambio y sus sentidos, en los que se encuentra enrolada esta búsqueda intelectual y política en el presente. La recurrente presencia de ambas categorías en los discursos del poder, convertidas en referentes retóricos que adjetivan los hechos del mundo, da prueba de la polivalencia de sus contenidos y de la diversidad de sus usos.

La identidad o diferenciación entre las concepciones de modernidad y globalidad giran en torno a la construcción reflexiva de los contenidos del mundo contemporáneo, convirtiéndose en el centro del debate y en torno a los cuales se articulan los argumentos encontrados en los discursos académicos y políticos, ambos como partes del universo conceptual e ideológico de nuestro tiempo.

En el debate académico las posiciones extremas las forman aquellos que conciben a la globalidad como la transformación radical de la modernidad, como su superación total: como lo *post*. Frente a esta concepción, se sostiene el argumento que reitera que la globalidad es una más de las modalidades históricas de la modernidad, en la que el presente reedifica sus principales características. Esta última concepción intelectual concibe a la modernidad como un *continuum* de fracturas, donde constantemente se funda la tradición de lo nuevo como la esencia de la modernidad, concepción en contra de la cual se erige la posición intelectual que defiende la discontinuidad y en

la cual la globalidad es construida como la última de las rupturas del tiempo social moderno, fractura que ha producido un estadio social y cultural que está más allá de las características que han definido a la modernidad como un proceso de larga duración.

Las posiciones ideológicas que dan cuerpo a los contenidos de la confrontación argumentativa entre intelectuales e ideólogos de la modernidad y de la globalidad, adquieren concreción en las versiones que cada una de éstas elabora sobre el futuro de la sociedad: tiempo por realizar, preso del horizonte del presente, escenario sobre el mañana que supone la inercia del ahora y la inexistencia de las coyunturas y del azar que rompen la línea de los hechos previsibles, especulación que cumple la función de generar certeza política y estabilidad social. En la ideología globalizadora, que defiende el advenimiento de un cambio extremo en el mundo y el agotamiento de los logros y las posibilidades innovadoras de la modernidad, todo es nuevo. Este cambio radical fue catalizado por el desarrollo tecnológico de la informática que reintegró al mundo de manera diferente, abriendo una infinidad de nuevas posibilidades de beneficio social bajo los supuestos que rigen al mercado como mecanismo económico agregador de las sociedades de las naciones.

Esta versión del "perfecto equilibrio del mercado" y el cambio radical creado por la globalización, confronta a aquellos que defienden, a veces sin saberlo, a la modernidad, en alguna de sus ideologías, como un proceso inacabado y vigente, siempre en la búsqueda de la realización de sus utopías seculares, sustentadas en construcciones reflexivas, que funda teorías y construye sus verificaciones que prueban sus planteamientos; siempre presente en la tradición que ve la justicia en las luchas sociales y los valores que dan redondez a las versiones del mundo. Posiciones que defienden la vigencia de los supuestos ideológicos y los principios políticos y sociales de la modernidad ilustrada.

Este texto se divide en dos partes, en la primera se sigue el derrotero que construye la especificidad de la modernidad y en la segunda se desarrollan los ejes explicativos que dan sentido a la globalización. Sus dos partes forman una unidad temática, que convierte a cada una de ellas, en una de las modalidades posibles, en la que modernidad o globalización pueden ser concebidas tanto por sus teóricos, sus actores o por los agentes históricos que en su acción las edifican.

La modernidad como representación cultural e ideológica del cambio, es nombrada como tal y condensada en un conjunto de planteamientos ideológicos que le dan contenido histórico a los agentes

sociales que la designan como el elemento constitutivo de su identidad cultural y su función política, los cuales se erigen como los representantes del cambio, como los agentes modernizadores que crean las nuevas instituciones políticas que expresan las necesidades actuales de la sociedad.

Al elaborarse teóricamente el contenido de sus propuestas, la modernidad adquiere el sentido de racionalidad en la representación colectiva, versión de la realidad que aparece como la resolución de los problemas existentes, frente al agotamiento de la organización social de la economía y de los regímenes políticos vigentes. Su construcción supone crear las instituciones y sus instrumentos normativos, así como los proyectos que orientan y diseñan los procesos de modernización, entendidos éstos como acciones colectivas y de los grupos dirigentes que conducen las transformaciones o adecuan las instituciones existentes a las demandas y necesidades que los sujetos sociales emergentes demandan, como el cambio de la organización estatal (condición necesaria para la reproducción de la sociedad y el desarrollo de los nuevos intereses que mueven el funcionamiento de las economías nacionales en su adecuada articulación a la economía mundial).

En las sociedades, la ideología de la modernidad se ha expresado en la construcción reflexiva de la crítica de sí mismas, práctica política de la racionalidad cultural, que se realiza en el espacio público a través del debate entre las fuerzas políticas existentes, en torno a las instituciones sociales y de Estado con las que se reproduce el orden vigente. La acreditación pública de la crítica política, a través del debate reflexivo, forma parte de la representación de la sociedad como una sociedad moderna y de la política como una práctica racional.

En la modernidad, la crítica es uno de los elementos constitutivos de legitimidad, con la que se construyen los planteamientos del cambio para la transformación institucional, que genere la estabilidad política y permita la reproducción social continuada. El cambio en la modernidad, que da origen a lo nuevo, se acredita primero en el ámbito del debate intelectual y en el de las disciplinas sociales, discusión pública que va abriendo su concreción en la práctica de la acción política.

La elaboración de la crítica moderna busca acreditar ante la sociedad, una nueva alternativa de sí misma, producida por la aceleración y el cambio. La argumentación reflexiva demuestra la necesidad racional de siempre estar cambiando, la innovación se acredita frente a las limitaciones formales, y a la imposibilidad política del régimen existente, de resolver el conflicto de intereses entre los integrantes

de la sociedad. Limitaciones dadas por el diseño de las instituciones existentes y por las prácticas tradicionales en el ejercicio del poder y a través de la ideología y la cultura política vigente, que aparecen en el discurso crítico modernizador como formas de acreditación ancladas en las tradiciones de la dominación en las que fueron socializados los grupos dirigentes y los gobernantes que ejercen el poder.

La crítica política contemporánea está siempre en un proceso de adecuación frente al cambio acelerado de las formas simbólicas, con las que el mercado oferta los productos para el consumo. La publicidad suplantó la especificidad ideológica de la propaganda política y la ha ido vaciando, simplificando sus contenidos discursivos y llenándola de imágenes soportadas en la instrumentación del mensaje, como condición del formato mediático, cuyo objetivo esencial es construir la noticia que dé el centro de atención en torno al cual giran las voces del día: reiterar el hoy como lo significativo, como lo trascendente, engazar los días como componentes indivisibles, como suma de unidades finitas que adquieren significado temporal en sí mismas y no como secuencia de eventos que se disuelven integrando un proceso que los trasciende y resignifica la reiteración de lo cotidiano, dándole al hecho particular, a las novedades del día, su peso relativo como elemento que muestra el contenido como un proceso de mediano y largo plazo.

Al nombrar lo nuevo como necesidad social, las prácticas culturales y las formas de representación política, inician el camino de su concreción, dando el contenido a los mecanismos institucionales que expresan la racionalidad de su desarrollo como la representación social del futuro. Esta construcción racional de los nuevos contenidos de los proyectos y propuestas de transformación, aparecen en el imaginario colectivo como necesidad social y alternativa ideológica que acreditan la innovación del orden vigente. No existe modernidad sin la acreditación social de futuro y el futuro desde el presente es siempre un fin racionalmente construido que da sentido a las acciones políticas y a las ideologías que lo prometen.

Los productos sociales de la racionalidad moderna se vuelven el agente instrumental que impacta de manera sustancial, las formas de la organización productiva de las sociedades y crea en ellas la necesidad de introducir los cambios tecnológicos que renueven los productos existentes en el mercado. Este cambio da lugar, en las representaciones colectivas, a la participación masiva que busca satisfacer la necesidad de estar en lo actual, de cubrir las expectativas tanto

individuales como colectivas de ser parte de lo nuevo, produciendo en el campo mismo de la organización social, las transformaciones económicas que sustentan los valores de la innovación como la ideología dominante que mantiene vigente el consumo de "lo último" como motor de la economía de mercado.

La adecuación continua entre el ámbito nacional y el internacional constituye el itinerario de los puntos de inflexión de la modernidad, parteaguas en el cual las tendencias dominantes en el orden externo constituyen el entorno que marca los límites de la autonomía, la continuidad y el cambio del orden nacional existente y dentro del cual se constituye la organización económica particular y la estructura social; ámbitos en los que se introducen los ajustes que imponen la articulación entre la sociedad nacional y la tendencia dominante en la reproducción del orden internacional. Esta adecuación constante entre los dos órdenes, altera la organización social dominante en cada país, dada por el peso económico y el poder político de los grupos dirigentes nacionales y locales, cambiando, generalmente sus fuentes económicas de capitalización y la capacidad de reproducir su hegemonía en la conducción del Estado nacional.

El modo en que operó la articulación entre lo interno y lo externo, antes de la época global, supuso la existencia de un orden internacional formado por unidades diferenciadas: los Estados nacionales soberanos, con regímenes propios contruidos constitucionalmente y con normas de relación con el ámbito externo, regidas por un derecho internacional. Estos Estados nacionales soberanos tenían márgenes internos de regulación de sus propias economías y un amplio grado de autonomía y discrecionalidad en las prácticas de dominación: capacidad soberana, sin presiones internacionales significativas en el manejo y regulación de los conflictos en las sociedades nacionales, administrando y regulando el tiempo del conflicto social, con capacidad interna de aislamiento, resolución y represión.

Las características del Estado nacional soberano fueron replanteadas por el proceso de integración global que consolidó la economía de mercado, integración que redujo, de manera asimétrica entre los distintos Estados nacionales, su capacidad de dirección, tanto en la intervención y regulación de sus propia economía, como en la capacidad de cercar en el interior de sus fronteras a las organizaciones sociales y políticas y a los conflictos nacionales.

En la actual sociedad mundial globalizada —que desplazó al viejo orden de la sociedad de naciones soberanas— la diferenciación en-

tre los Estados y las sociedades nacionales, que integraban a los dos bloques geopolíticos se reagregó. Las economías nacionales fueron traspasadas por las redes globales y entretejidas por los hilos integradores del mercado: redes financieras y nuevas cadenas productivas que unen los fragmentados procesos industriales nacionales a los circuitos productivos globales, los cuales arman el producto final, que es devuelto a los mercados locales sin ningún sello nacional.

El consumo generado por la red productiva global, integrada por todos los nichos competitivos a escala mundial, ha creado una tendencia a la uniformidad y homogeneización de los hábitos de consumo, redefiniendo las tradiciones de los mercados locales, fundadas en identidades culturales particulares y símbolos de consumo propios, que adscribían *status* e identidad propia a los individuos de los productos nacionales y locales.

La reintegración global de la sociedad internacional con naciones soberanas, de economías nacionales de mercado protegido y regulado por la existencia de proyectos de crecimiento particular, con alto grado de autonomía y bajo nivel de integración al proceso productivo internacional, se agotó al cancelarse la viabilidad de su crecimiento y volverse deficitario en todos los sentidos. El agotamiento del modelo económico de desarrollo hacia adentro, requirió de la construcción racional de una nueva ideología, que abriera el futuro de las sociedades cerradas a nuevas opciones de crecimiento que dependía del grado de integración global como fundamento de la capacidad de competencia en el mercado internacional.

El proceso de cambio en la estructura productiva tuvo su correspondiente en la recomposición de las clases dominantes de las sociedades nacionales, en donde los grupos dirigentes, asociados a las formas de desarrollo protegido, fueron desplazados por los que representaban el ascenso de la ideología emergente del mercado abierto y desregulado. La soberanía, como el núcleo duro de la ideología proteccionista, que fue reiterado en múltiples formas discursivas como el principio ideológico y normativo del Estado nacional apareció, a lo largo de decenios, como la defensa de la sociedad misma. Estas concepciones de la sociedad y el Estado, del orden nacional e internacional dieron sentido a los proyectos y a las acciones intervencionistas del Estado en las relaciones sociales y económicas. El eje que dio sentido y llenó de contenidos a la matriz estadocéntrica fue desplazado por la centralidad del mercado, la liberalización de las relaciones productivas y la necesaria contracción del Estado, que obligó a las instituciones de

gobierno a disminuir, cada vez más, su peso y capacidad reguladora de las formas de la organización social.

El nacionalismo fue sustituido por el liberalismo universalizador, que concibe homogéneas las relaciones sociales de todos los países, como la condición de uniformidad que supone la reducción del mundo social diferenciado de las naciones al mundo global del mercado, haciendo tabla rasa de las historias nacionales y abstracción de las tradiciones particulares de cada país, construidas por el curso de la modernidad en cada nación.

La apertura se configuró como el nuevo núcleo duro de la ideología dominante: todo lo que se concibió como crisis y como límite de los instrumentos institucionales existentes, para resolver los problemas sociales y económicos se debía al tipo de régimen. La imagen de su agotamiento era concomitante a la búsqueda de su salida, sólo lo nuevo rompería el círculo vicioso del agotamiento en el que habían caído los Estados nacionales y lo nuevo era la apertura. La apertura de los regímenes políticos era la condición necesaria para el funcionamiento de "la mano invisible que regulaba y reproducía el equilibrio social, generado por las relaciones del mercado". Este nuevo equilibrio económico acabaría con el déficit de las economías que pesaban sobre las sociedades nacionales.

La democracia apareció en la retórica de los nuevos políticos —las tecnocracias globalizadoras— como resolutive. A finales de la década de los setenta del siglo xx, el nuevo liberalismo hace una escritura del pasado con base en la explicación de la crisis de la centralidad del Estado social interventor en la economía; recapitulación ideológica que promete una salida a partir de una versión teórica sobre el funcionamiento de la sociedad global y de las necesidades de cambio en las sociedades nacionales. Esta reflexión modernizadora enarbolada por los grupos dirigentes en ascenso, replanteaba las fuentes y las funciones del poder político en la organización del nuevo estado nacional globalizado, como la expresión de una sociedad en proceso de apertura, en la que se recomponía la organización política de los intereses económicos de sus integrantes y las formas de su representación en los órganos de gobierno.

El sistema político competitivo de partidos adquirió la centralidad ideológica en el discurso de los "especialistas", como la forma de representación para reemplazar los tradicionales vínculos corporativos, que se fundaron en los términos de la alianza social del Estado benefactor europeo y latinoamericano, construida a principios de los años cincuenta del siglo xx para hacer frente a las organizaciones de izquier-

da, que enarbolaban la retórica socialista o comunista en contra de la socialdemocracia, los nacionalismos revolucionarios y populistas o la democracia cristiana.

La versión ideológica del nuevo liberalismo derivó en la propuesta de la apertura de los regímenes cerrados, a través de la uniformidad de la política, por medio de un tipo de democracia concebida como “procedimental”. Esta modalidad ahistórica de la representación política del gobierno del Estado hacía tabla rasa de las modalidades particulares de cada uno de los desarrollos nacionales, como fue el caso de la “democracia social”, que a partir de los años cincuenta del siglo xx buscó desarrollar las condiciones sociales que disminuyeran las marcadas diferencias de la sociedad, con base en las políticas de redistribución del ingreso que crearán las condiciones de equidad, para poder dar soporte económico a la igualdad jurídico ciudadana. Esta oferta política, que tuvo como agenda prioritaria la articulación entre derechos políticos ciudadanos y derechos sociales, fue la agenda prioritaria de la democracia social y constituyó el eje ideológico de la sociedad modernizadora del quinto y sexto decenios del siglo xx.

La democracia procedimental, desplazó a la democracia con base en la justicia social y la circunscribió fundamentalmente al ámbito del sistema político y su funcionamiento ideal: como competencia de partidos, que fundamenta la alternancia y división de los órganos de gobierno.

El ciclo virtuoso de la apertura liberal se consuma en el ámbito político con la redemocratización de los países con sistemas políticos protegidos, cerrados y autoritarios, apertura que en el principio se volvió condición necesaria para el funcionamiento de la economía libre globalizada. Democracia liberada de la regulación de las tradiciones políticas y de las exigencias y acuerdos impuestos a los actores políticos por las necesidades de la economía nacional. La globalización se impuso como una economía autónoma de la política nacional.

La dirección de la economía nacional y el eje de sus decisiones fueron trasladadas de los ejecutivos del Estado nacional a los bancos centrales, instituciones interconectadas a las redes globales de decisión de los organismos multilaterales hegemónicos del mundo globalizado (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial de Comercio, y al ámbito centralizado de la economía que logró tener un amplio margen de decisión sobre la política económica y monetaria nacional.

La racionalidad es el núcleo de la modernidad y tiene la capacidad de convertir el conocimiento en instrumentos y los procedimientos de organización social en procesos productivos, ha hecho que en las sociedades modernas, el desarrollo de la tecnología que transformar e innova la producción de bienes materiales y culturales, que esté ligada a la creación de instrumentos para aumentar la eficiencia, a través de nuevos diseños institucionales que regulan normativamente los procesos y originan la asimetría entre la sociedad que concentra la capacidad de desarrollar las innovaciones tecnológicas y las otras sociedades. Desarrollo tecnológico que consolida esencialmente la superioridad militar de un Estado hegemónico frente al conjunto de otros Estados nacionales.

En el caso del mundo globalizado, el desarrollo tecnológico derivó en un solo polo militar hegemónico: los Estados Unidos de América, situación que redefinió la percepción del multilateralismo que aparecía en el imaginario social, al principio de la globalización, como el sustituto del mundo dividido en dos bloques.

Desde el principio de la modernidad, la posesión del mayor desarrollo tecnológico ha sido la base de la dominación de las otras sociedades. Dominación ligada a la construcción del mercado mundial y a la ampliación del consumo de los ciudadanos metropolitanos como el eje reproductor de sus mercados particulares, que articulan la capacidad de demanda de los bienes en los que se funda la diferenciación en la calidad de vida —concebida como cantidad de consumo individual— entre las personas y las naciones. La capacidad de consumo y de desperdicio de las sociedades metropolitanas se ha constituido en la evidencia y el contraste de la aplicación tecnológica para la ampliación de la oferta de bienes en el mercado entre las distintas sociedades.

La modernidad dio un nuevo sentido a la antigua versión religiosa de la utopía, al concebir las facultades creadoras de la humanidad como infinitas y trasladar a las formas de organización social y modalidades políticas existentes, el problema de los límites de la esperanza del bienestar individual y colectivo. Hoy la utopía se encuentra secularizada, la gente quiere el paraíso en la tierra y a los profetas encabezando las campañas electorales, que aseguran la existencia de la tierra prometida y demuestran en la contienda política que son ellos los elegidos para conducir al rebaño a la sólida tierra de las fantasías colectivas.

Hoy, el nivel alcanzado por la producción industrial es concomitante al grado de destrucción de la naturaleza, condición del desarrollo

medido por indicadores uniformes del crecimiento e impuesto por la capacidad depredadora de los procesos industriales que responden a la necesidad de reproducir un estilo de vida fundado en la organización del mercado, como la forma de la organización social dominante. El nivel alcanzado en la destrucción del medio ambiente, impone un nuevo límite al desarrollo de las sociedades y traslada a ellas, el potencial conflicto social y político generado por la búsqueda de los recursos naturales existentes y necesarios para la satisfacción de las necesidades elementales tanto en la reproducción social como en la sobrevivencia individual diaria.

La cultura de la innovación perpetua tuvo, en su origen, la idea de un sentido evolutivo de perfección humana, que concibió a la sociedad en el camino del cambio, que daría origen en el futuro a un modo de vida en la que los individuos que la formaban adquirirían los derechos y los compromisos públicos que garantizaban el pleno desarrollo de sus potenciales individuales. Esta ideología producida por la razón ilustrada da forma al contenido de lo nuevo y constituye el eje que articula el sentido de la modernidad. Sentido en la dirección de los hechos, que está presente a lo largo de sus distintas épocas, hasta llegar al mundo globalizado contemporáneo, en donde la velocidad del cambio ha consumido y desbordado el aparente control racional del futuro como sentido fundacional de la modernidad.

Los distintos contenidos de la ideología de lo nuevo, de la necesidad de lo actual, de estar en lo último, que mantienen vigente a la modernidad, son la ilación en los textos del presente libro, que narra hasta el tiempo contemporáneo en el que esta necesidad mantiene en movimiento a la sociedad global de mercado, satisfaciendo diariamente la necesidad de “la dosis de consumo” que este tipo de cultura produce en sus miembros, en donde adquirir los bienes de moda y desecharlos tan rápido como han sido adquiridos, se vuelve la razón de ser de individuos y colectividades que están incorporadas en la posibilidad de vivir en esta lógica de conducta colectiva, sobre una masa que se mueve en la pobreza extrema, pero que no está excluida de la cultura del consumo de la economía de mercado.

La aceleración del consumo como la meta del bienestar social convierte a los ciudadanos racionalmente contruidos por la utopía ilustrada, en cliente y al horizonte conceptual y reflexivo, que da forma al debate de las ideas, en el ruido diario de la publicidad que llena la atmósfera del mundo global. La velocidad en la capacidad del consumo, se vuelve la medida del *status*, de “la calidad de vida” que una

sociedad brinda a sus ciudadanos, sentido efímero que reduce la existencia a lo inmediato y consume el horizonte de la utopía moderna —que en su origen resignificó al mundo clásico— en la oportunidad de estar presente en lo inmediato: de tener capacidad de compra.

En el primer apartado se desarrolla el problema de la construcción teórica de la modernidad y las distintas maneras en que su conceptualización ha formado parte de su propio desarrollo, así como la secuencia en el tiempo en la que se ha edificado el contenido de sus múltiples épocas. La modernidad deposita en la razón el sentido de su propio desarrollo material, sus avances teóricos derrumban las barreras históricas con las que “la tradición” aprisiona a las sociedades en un momento dado de su historia e impone verdades al conocimiento que acaban siendo autorreferenciales y en torno de las cuales se construyen grupos de interés y capas intelectuales que detentan el poder político del conocimiento científico y social, comunidad científica que en el proceso de conservación del saber, como fuente de poder político, deviene en usufructuaria y conservadora de este recurso de reproducción social.

Partiendo del análisis de la reflexividad crítica, como uno de los principios rectores de la modernidad, el estudio de la cultura fija su atención en uno de los ejes del proceso ideológico al que da lugar: *el de la creación de lo nuevo*, como constructor del sentido de la producción y el cambio social. Esta necesidad económica, política y cultural de lo nuevo construye el núcleo duro de la modernidad, con la que se fijan los objetivos del cambio incorporando los avances desarrollados en los instrumentos analíticos y técnicos para su desarrollo, constituyéndose en un motor ideológico que jala a la sociedad y a los individuos en sus acciones cotidianas, transformándose en el detonador de los cambios de la sociedad.

La razón, como razón crítica, rige el desarrollo de la modernidad y, en el ejercicio de ella, la sociedad y los individuos construyen la representación intelectual de sí mismos y de los otros. Acción cultural con la que las sociedades elaboran parte importante de su identidad y obtienen la capacidad de construir la representación intelectual del orden establecido en el que están inmersas y a partir de la cual se producen los instrumentos teóricos y técnicos para diseñar su futuro, como el cambio de sus prácticas individuales y colectivas presentes.

La razón moderna, como razón crítica para el cambio, constituye una innovación frente a las otras modalidades de la reflexividad. En las sociedades precedentes a la modernidad, la reflexividad asegura-

balización. Es un proceso complejo y aún omniexplicativo de las múltiples modalidades del cambio en el presente, expresado en la velocidad de las transformaciones y en la poca capacidad de resistencia eficiente de los procesos sociales, articulados en la defensa de las instituciones de los Estados nacionales con fines sociales y en contra de los cuales se acreditó el cambio global del Estado social como la nueva solución a los problemas producidos por el agotamiento del modelo de la economía del bienestar.

Las acciones que desplazaron las prácticas institucionales del viejo orden estadocéntrico y nacionalista aún no se consolidan como instituciones legítimas, específicas de un nuevo orden económico y político, que no sólo construyan salidas coyunturales, desagregando y desacreditando a las instituciones estatales existentes y creando vacíos políticos referenciales en las conductas sociales, sino que además, edifiquen un nuevo horizonte de posibilidades para los individuos y la sociedad. Hasta hoy, los cambios institucionales y las políticas públicas que aparecieron a finales de los años setenta como solución a las crisis, han generado nuevas crisis del mismo tipo que prometieron ser resueltas con la economía de mercado y la democracia procedimental, soluciones que no han solucionado, sino que han profundizado las asimetrías en el interior de las sociedades y entre ellas.

El creciente descrédito de la política como el ámbito de solución a los problemas económicos y sociales y el rápido agotamiento de las salidas institucionales al pasado, muestra la necesaria adecuación que las formas de organización social, producidas por la expansión de la modernización globalizadora, tendrán que tener frente a las formas sociales de organización sustentadas en la confirmación reiterada de las tradiciones que constituyen la base de la identidad colectiva, que no fue desplazada por el individualismo competitivo extremo y que aparece en las representaciones culturales y en las organizaciones sociales, como la creadora de cohesión y solidaridad, frente a los nuevos conflictos producidos por la desagregación del Estado y por la falta de instituciones que representen el viejo "interés general" como recurso de la legitimidad política y de sus actores frente al conjunto de las sociedades. Estas formas de organización comunitaria y territorial, con redes globales de solidaridad convocan a la agregación de las colectividades como forma de resistencia frente a las cuales la globalización y la economía de mercado serán modificadas en sus prácticas específicas y cotidianas.

1. LA MODERNIDAD EN EL CAMINO DE SERLO*

¡AL FONDO DE LO DESCONOCIDO PARA ENCONTRAR LO NUEVO!¹

La globalidad es lo "actual" de la modernidad y comparte con las épocas y los múltiples periodos de sus "historias", los difusos bordes de sus tiempos, lo móvil de sus territorios y el incremento constante en la aceleración del cambio, que asienta en los imaginarios colectivos la secuencia de las distintas representaciones de lo moderno. La sucesión de fracturas productoras de lo "nuevo", que dan el contenido de la modernidad, redefine continuamente el valor y el peso de las relaciones entre los individuos, los sujetos y los actores sociales frente a las instituciones vigentes.

Lo incierto de la modernidad está indisolublemente ligado a la condición de ser de la representación de lo nuevo, necesidad creadora de sentido que da significado a la acción colectiva y a las conductas individuales, agotando en el presente el horizonte posible de las acciones. Lo actual es el criterio de valor de objetos y conductas y lo inmediato orienta la acción y le da dirección al movimiento edificador de la sociedad, que llena y vacía de identidad a lo moderno. Moral del cambio permanente,² en la que se construyen los valores que sustentan las conductas individuales y colectivas, que avalan el "exceso" como estilo de vida e imagen de una época que ha roto con el ideal "clásico" del equilibrio y el de la autocontención de la moral judeocristiana.

La modernidad en la que vivimos constituye el horizonte cultural en el que construimos los alcances de la reflexividad, con los que explicamos el alcance de los eventos sociales del presente, cuya condición cambiante remodela continuamente el significado de los hechos de la historia en

* Agradezco a Alicia Azuela, Julia Flores, Judith Herrera, Julia Palacios, Fernando Vizcaíno, Ilán Semo, José Ramón Cossío Díaz y Blanca Beltrán, la lectura y comentarios a este texto.

¹ Charles Baudelaire, *Oeuvre complètes*, Gallimar, Bibliothèque de la Pléiade, 1975: "Las invenciones de lo desconocido requieren de formas nuevas". "¡Hundirse hasta el fondo de la sima!, ¡infierno o cielo, qué importa!"

² Tomo *moral* en su acepción clásica.